

Nueva Frontera

Año 1. No 1 marzo de 1999

**Boletín de Reflexión y Pensamiento de la Izquierda Democrática
Cubana**

**Órgano del Centro de Estudios del Socialismo Democrático
Cubano
“Diego Vicente Tejera”**

Editor
Dimas Castellanos Martí

Jefe de Redacción
Cyrano Berger

EN ESTE NÚMERO

- ◆ *Insertarnos en el tiempo* 2
- ◆ *Nueva Frontera* 3
- ◆ *Democracia y globalización* 6
- ◆ *Tres notas sobre la transición* 14
- ◆ *Normas de colaboración* 22

Esta publicación tiene como objetivo propiciar el debate académico entre todos los interesados por las humanidades en Cuba, Latinoamérica y el mundo.

INSERTARNOS EN EL TIEMPO

Dimas Castellanos Martí

Ajenos y contrarios a la dimensión temporal de la historia, que se mueve del pasado al porvenir a través del presente, la sociedad cubana pierde la noción de futuro, en su monotonía desanda caminos abiertos en la historia, para finalmente acercarse a un pasado que considerábamos superado.

Separada 130 años de la crisis colonia-metrópoli que desembocó en el estallido militar de 1868; por un siglo del fin de aquella larga y sangrienta contienda que culminó con el izaje de la bandera norteamericana en el mástil del Morro; por 96 años de aquel 20 de mayo que nos trajo la república sin independencia y dejaba pendiente la creación de la patria con todos y para el bien de todos; por 40 años de la toma del poder por la vía de las armas en 1959, acontecimiento este último completador de la independencia política respecto a los Estados Unidos y anunciador del fin de todos los males existentes en la nación; por 9 años de la caída del Muro de Berlín -señal de la incapacidad y fracaso de los socialismos reales-, la sociedad cubana parece desandar un largo camino para regresar gradualmente al punto de partida, al pasado a través del presente.

Los males que dieron legitimidad a 1959 regresan cautelosamente para expresarse en la ausencia o limitación de algunos derechos elementales y reconocidos. Entre otros, la prohibición exclusivamente a los nacionales de participar en los procesos económicos como actores, reservándole a ellos el deber de participar sólo como fieles ejecutores de las decisiones estatales; los derechos de libre pensamiento y expresión; el derecho de asociación; el derecho de movimiento que permita salir y entrar a nuestro país sin necesidad de un permiso especial o el derecho a decidir y participar en el tipo de educación que deseamos para nuestros hijos.

En ese ambiente de intolerancia y ausencia de derechos que bloquea la capacidad creadora de la ciudadanía, se imposibilita la vida decorosa fruto del trabajo creador y en su lugar prolifera el deterioro galopante de la conducta respecto al trabajo como fuente principal de la riqueza material, dando lugar a las más variadas y

generalizadas formas de prostitución; se divide y separa la familia, núcleo básico de la sociedad; fructifica y se generaliza la apropiación de bienes ajenos; regresan la marginalidad y el desempleo a un sector creciente de la población; volvemos a ser ciudadanos de segunda categoría en nuestro suelo, no sólo ahora respecto al norteamericano, sino respecto a cualquier otro ciudadano que haya nacido o resida fuera de nuestra insularidad; se deteriora casi todo y como resultado global de esos flagelos se va carcomiendo la identidad de una nación que pone en peligro sus débiles cimientos fundacionales.

¿Hay logros y avances en Cuba? Decididamente los hay. ¿Hay aspectos positivos? También los hay. ¿Es la situación de Cuba la más terrible del continente o del Tercer Mundo? No, no la es.

Tampoco era la más terrible aquella situación en que se encontraba Cuba en la década del 50 cuando la sociedad cubana se lanzó a un proceso de cambios necesarios, porque nuestra sociedad era perfectible como lo sigue siendo hoy, porque existía la inteligencia y la decisión de avanzar al futuro, como también existe hoy, al menos en los sectores que se sensibilizan e identifican con la situación problemática de la nación.

Situación actual y Globalización

Nos acercamos, en esas condiciones, al nuevo milenio, inmersos en una amalgama de viejos problemas no resueltos interrelacionados y condicionados por otros nuevos a resolver, en un ambiente más difícil que los anteriores de nuestra historia, en el preciso momento en que los procesos de globalización, internacionalización y mundialización se nos vienen encima en medio del estancamiento y la desesperanza generalizada.

Nos proponemos, en primer lugar, asumiendo un compromiso responsable y reconociendo la complejidad de la situación y el carácter perfectible de nuestra sociedad, responder a su llamado, por medio del análisis reflexivo dirigido a descubrir el origen, las causas y posibles salidas graduales que permitan insertar a la nación en el tiempo y actuar de forma serena y responsable en busca de la verdad.

En segundo lugar, agregar a los proyectos alternativos de la Corriente Socialista Democrática Cubana, los del Centro de Estudios del Socialismo y la Democracia "Diego Vicente

Tejera" y su Boletín "Nueva Frontera" como vías para promover y divulgar cuanto estudio social sea necesario sobre el socialismo y la democracia en Cuba, por medio de la investigación histórica, científica e imparcial que ayuden al esclarecimiento de las causas de nuestra realidad y más que las causas, ayuden a encontrar por medio del análisis reflexivo, del debate y la tolerancia, el o los caminos posibles para salir del estancamiento.

En tercer lugar, el Centro de Estudios y su boletín, elementos integrantes de la renaciente estructura de la sociedad civil, rebasan la inmediatez de la actual urgencia nacional para constituirse en permanente foro de estudio, reflexión, divulgación y debate de las nuevas problemáticas que el Tercer Milenio depara a la sociedad cubana. Retos que requieren, para su enfrentamiento, de una nueva cultura sobre la gobernabilidad, la participación ciudadana y la mutua responsabilidad entre ciudadanos y autoridades en el marco de una nueva relación ética y política.

Se trata por tanto de construir, no de destruir...

Contrarios a la violencia, acudimos sin embargo al empleo de la fuerza, pero a la fuerza del pensamiento, aquella que está contenida en las ideas objetivas y viables, en la reflexión que desemboque en nuevas teorías que respondan a una realidad inabarcable con las ideas existentes. Se trata por tanto de no destruir sino de construir, no de negar la herencia sino de enriquecerla, para con ella renovada y empleando los métodos que la época aconseja e impone, entender, explicar y plantear posibles alternativas al cuadro cubano.

Ese es el reto a que nos convoca la urgencia de la nación, no para buscar urgentes salidas, sino para que partiendo de la necesaria y prudente gradualidad de los procesos sociales, toda la capacidad intelectual y profesional que el país ha creado se vuelque a la gran tarea de salvar la nación, tarea de todos para el bien de todos, en la búsqueda de una síntesis que identifique a todos los cubanos.

Por razones sobradas de nuestra historia no pueden faltar, entre las alternativas, las ideas del socialismo democrático, las ideas de aquella izquierda que antecedió en el tiempo a la izquierda violenta. Ese es el reto de la nueva izquierda, de la izquierda democrática, de esa izquierda que hunde sus raíces en los albores del

siglo con Diego Vicente Tejera y que de una u otra forma, pero siempre sin poder, estuvo presente en los acontecimientos básicos de la nación cubana. Izquierda que no tuvo la oportunidad de mostrar su rostro democrático, humanista y de justicia social.

La nueva izquierda cubana, democrática por definición y origen, nueva por su ética, por su contenido, por su diferencia con la izquierda tradicional, por los problemas que enfrenta, por la época y la forma novedosa de su enfoque, no niega nada de lo positivo de su herencia, sino que basada en nuestras tradiciones la retoma, reforma y refunda, para adaptarla a las nuevas condiciones y tareas, se presenta en forma de proyectos alternativos, de reflexión, de ideas y debates que permitan superar la actual situación desde la independencia y la soberanía nacional pero con un matiz cargado hacia la democratización desde la sociedad civil.

Con esos antecedentes se presenta la nueva izquierda ante el crítico escenario de desencuentro nacional y social del país, a participar en el obligado debate desde la sociedad civil a través de NUEVA FRONTERA en la refundación de la nación, en la solución de viejos problemas no resueltos y los nuevos retos de la época, en la articulación de la democracia, en la conformación de una nueva cultura y ética político-sociales, reclamando la plena participación ciudadana en las cuestiones cardinales como premisa de cualquier solución verdadera y duradera que permitan la inserción en el tiempo de la sufrida nación cubana.

La Habana, 20 de febrero de 1999

NUEVA FRONTERA

Lic. Manuel Cuesta Morúa

Nueva Frontera es la definición de los imaginarios de la nueva izquierda cubana - izquierda democrática - en la trayectoria plural del socialismo.

Es, además, el centro nodal para recomponer un concepto de nación incorporativa. Este, ha de

superar la doble desnacionalización inscrita en las prácticas y propuestas de las dos minorías que hegemonizan - en sus variantes posttotalitarias y protoautoritarias - el espacio político de nuestras mayorías sociológicas.

En tanto asume los contenidos sociales y culturales del proceso económico y político, la nueva izquierda cubana ha de ver la realidad como reto o desafío y no como obstáculo para la construcción consulta o inconsulta de una Ciudad Trascendente.

Y en tanto se localiza en las fronteras interiores de una Ciudad Trascendente irrealizada, ha de ser capaz de ofrecer un proyecto de nacionalismo suave - paráfrasis del "patriotismo suave" (Víctor Fowler) - que yo entiendo como restitución gradual de los derechos nacionales, a partir de un compromiso histórico, y como afirmación positiva de la nación.

En este punto la cuestión a saber es qué podemos y debemos ofrecer distinto de un sentido autonómico de nación, que vive sin mayores problemas su promiscuidad política en el marco de otras unidades culturales, y a la realidad de una nación-saturno que execra los elementos naturales de su composición.

Entre Cuba como una "provincia autónoma globalizada" y Cuba como una nación marginal ¿existe una nueva frontera?

Claus Offe habla de "dilema de simultaneidad" para referirse a aquellos procesos de transición en el cual los actores confrontan, a un mismo tiempo, una diversidad de retos.

Esto viene al caso tratándose de la izquierda democrática cubana. Pero no es ésta una ruta que pueda caminarsse desde la marginación.

La izquierda, al menos en América Latina, no acaba de surgir de entre sus cenizas según pronosticaba el historiador Eric Hobsbawm. Más allá del Foro de Sao Paulo y más acá de sus referencias cubanas, la izquierda latinoamericana vive entre el poder virtual de la Internacional Socialista, que es el poder real de la socialdemocracia europea como buena noticia de fin de milenio, y la incapacidad de representación sociológica en un contexto que debería alimentarla por naturaleza.

En este sentido las referencias cubanas han retardado, con consecuencias cuyo alcance

desafían el principio de autoconservación ideológica, el necesario aggiornamento de la izquierda en nuestro continente.

Por otro lado, el concepto de nación-estado viene siendo destruido por un proceso indetenible de globalización que, a un nivel de estética posmoderna, parece ridiculizar cualquier idea fuerte de nación.

Una vez más Cuba aparece en la zona de desventaja. Una nación que no acaba de encontrarse a sí misma, está obligada ahora a hallar su nicho en una aldea que se mundializa pasando por encima de las fronteras tradicionales que resguardan al estado-nación.

El proceso, inherentemente positivo, es riesgoso allí donde se carece de esas fronteras intermedias - la cultura, las estructuras civiles autónomas, los lazos comunitarios y la homogeneidad socio-económica - que brindan espacios de pertenencia consensuada para amortiguar la pérdida de soberanía en los elementos fuertes de la nación, tal y como fue trabajada por la modernidad.

Es riesgoso, también, allí donde la nación no es resultado de la paz entre sus diversas alternativas políticas, sino del proceso inconcluso entre un nacionalismo corporativo territorializado y grupos de identidad difusa atraídos por y dentro de otras unidades políticas.

Como es fácil de percibir, nuestro dilema es complejo. Estamos tratando de definir nuevas fronteras en dos ámbitos inasibles en la posmodernidad: la izquierda y la nación.

André Gorz demandaba un nuevo programa de izquierda una vez que se recogieran los despojos del Muro de Berlín. Esta tarea, intelectualmente fascinante, está marcada por la necesidad de un reanálisis de nuestros supuestos y por la prontitud de nuestras urgencias específicas.

La izquierda europea, cualquiera sea su tradición, se encuentra situada sobre una cómoda plataforma social y política. Una segura red de bienestar económico y una sólida práctica democrática le posibilitan una reflexión paciente de los problemas y expectativas que le otorgan su identidad.

Por otra parte, y en tanto las realidades no se le presentan como problema estructural, no piensa fundamentalmente en términos ideológicos. Por

ello, la izquierda europea no sólo no reacciona sino que participa del discurso del fin de las ideologías. Discurso universalizable pero no universalizado.

Quien mejor ha expresado el fenómeno es Alain Touraine. Para él, el conflicto central en las sociedades occidentales no es ya entre las fuerzas vivas y el capital. Es, primordialmente, entre unas maquinarias buro-tecnocráticas y el resto de una sociedad que no encuentra espacios para dar forma a sus específicos proyectos de vida. La burocracia reglamentando las zonas de movilidad social y la tecnocracia dosificando las formas de vida mediante una manipulación tecnológica dañina para el ecosistema.

Ello explica a los nuevos sujetos de la izquierda europea: las minorías excluidas pero protegidas y el medio ambiente. Condición necesaria para la nueva fórmula de laborismo socialdemócrata y naturismo de los verdes.

Pero en el contexto latinoamericano vivimos dos clases de problemas: los propios del mundo occidental y los propios de nuestro "extremo occidente" según la feliz fórmula de un buen pensador.

Padecemos, sin embargo, un problema básico: la incapacidad de la izquierda para conectarse sociológicamente y para discutir sus propios fundamentos. (en esto juegan un rol definitivo la petrificación de los términos de identidad y el espejismo de la impronta cubana) Llámese comunista o no, la izquierda da contenido a sus discursos partiendo de una representación exclusivamente marxista de la realidad y de las técnicas de solución.

Y me refiero al contenido y no al lenguaje porque en sus formas dicho discurso varía desde los que se expresan en términos de revolución como medio a los que reivindican la democracia social sin apelar a las barricadas.

Esto ha tenido varios significados.

Si la situación latinoamericana es en algún nivel homologable a las realidades europeas de mediados del siglo XIX, no ha surgido en nuestro contexto un sano revisionismo al estilo de Bernstein, Kautsky o Rosa Luxemburgo que discuta las bases mismas de nuestras construcciones ideológicas y legitime la vías democráticas de acceso al poder. Hecho que se

reveló crucial no sólo para la socialdemocratización del discurso - acto relativamente sencillo - sino para la socialdemocratización de los hábitos y las mentalidades.

La izquierda aquí posee un viejo expediente de antidemocratismo formal y una muy reciente asimilación estratégica de los modos liberales.

Tres ejemplos distantes podrían ilustrar este hecho: La formidable obra teórica de Mariategui, el marxismo por las urnas de Salvador Allende y el discurso esencialista y reivindicativo de la izquierda brasileña de Luis Ignacio Da Silva (Lula), reflejan las contradicciones, a su modo y en su tiempo, de una teoría revolucionaria especiosa que, naciendo del marxismo, asume su técnica de poder, su teleología pero dentro de los límites formales de la democracia liberal.

Si la revolución es posible a través de la democracia, eso supone corregir el marxismo en su estructura teleológica. Pero si el marxismo debe llegar al poder, no queda otra alternativa que desarticular la democracia a la puerta de entrada o por la puerta de salida.

El asunto no radica, sin embargo, en un abandono teórico-formal del marxismo. La izquierda socialdemócrata del continente, distinta a la del Foro de Sao Paulo y a la de la selva, no logra atrapar al electorado ni se recicla teóricamente mediante una revisión crítica de los postulados que abandonó o de los que ahora la sustentan.

El rechazo de un paradigma es sólo fructífero o bien si se entiende que éstos ya no son necesarios, o bien si se estructura uno diferente.

Desde esta realidad, la izquierda socialdemócrata de nuestro entorno no entra con fuerza en la modernización de los referentes, aún cuando posee la sólida base europea y el terreno despejado por la caída del Muro de Berlín.

En otro ángulo, el neomarxismo de resistencia se limita a coincidir, a pesar de su impresionante riqueza intelectual, con un pensador de derechas como Ernst Nolte cuando le concede a la izquierda un socialismo ideal que sea un caso correctivo y le defina los límites al resto de las alternativas políticas.

La hegemonía del marxismo como estructura mental de la izquierda, no como fundamento

doctrinal o teórico, lleva a otro resultado: al no aprendizaje de las experiencias del este de Europa que retrospectivamente legitiman la revolución crítica de la izquierda europea occidental.

La Revolución Cubana es una clave explicatoria de este hecho nada formidable.

Por falta de deseos, por olvido voluntario del rico instrumental teórico de la izquierda moderna o por fascinación, la izquierda en América Latina convalida lo que Ralph Miliband denominó "régimenes colectivistas oligárquicos".

Pongamos a un lado a la izquierda selvática que con mucha coherencia guarda silencio.

Nada en el orden racional permite entender que la izquierda democrática en América Latina paralice su proceso de modernización ante el reconocimiento de la obra positiva de la Revolución Cubana.

Poco favor hizo, y se hizo la izquierda comunista francesa, cuando prefirió la implosión del estado soviético a la crítica permanente de su filosofía antidemocrática.

Esto no es positivo. Si el fin de las ideologías no es globalizable es porque en el límite mínimo debe producirse un debate ideológico al interior de la izquierda misma.

La izquierda democrática cubana resiente, en su aislamiento, la ausencia de ese debate. Un debate que, más allá de los discursos negadores y reivindicativos, articule a nivel continental una alternativa política socialmente comprometida, éticamente respetable, de serias credenciales democráticas y capacitada para gestionar una economía posmoderna.

Nueva Frontera quiere contribuir a este proceso; aunque sea únicamente para mostrarle a Eduardo Galiano que para la izquierda hay lugar no sólo a la diestra de los banqueros.

5 de marzo de 1999

Democracia y globalización

Lic. Julio Aleaga Pesant

Todas las mañanas Juan Pérez se enfrenta a la vida con el deseo implícito de no dejarse vencer. En la Habana, el DF, Buenos Aires o Sao Paulo, Juan Pérez sale a buscar el sustento de él y los suyos pensando algunas veces, si podrá vencer el status quo, representado en el estado que se identifica como un defensor de las élites y limitador de las libertades como individuo. Esta contradicción de Juan está presente en la más importante polémica que tiene la humanidad desde antes de la revolución francesa de 1789, que declaró en su fecha "los derechos del hombre y del ciudadano". La contraposición entre el poder del estado vs el poder del ciudadano.

El enfrentamiento ha tomado a nivel universal el término de conflicto entre oriente vs occidente. Aunque en muchas oportunidades o mejor dicho, durante cerca de 70 años fue confundida y se le llamó confrontación socialismo vs capitalismo.

Esta confrontación, más cultural e ideológica que geográfica o racial, es sin lugar a dudas, uno de los principales elementos que frena la instauración de un gobierno mundial, que intente resolver los muy serios problemas que agobian a la humanidad.

Si por una parte, lo que podríamos llamar el pensamiento de "Occidente", tiene un programa ya establecido con lo que se pudiera asumir como un cuerpo teórico práctico; "Oriente" todavía se devana entre el espíritu nacional y el estado. Lo que hace que la teoría que se despliega sobre este tema (y que se reconoce por casi todo el mundo como globalización), no sea más que la intención de poder instaurar un liderazgo supranacional que establezca los códigos y el derecho sobre los cuales se elevará la sociedad mundial del futuro. Cataliza esta trifulca política e intelectual el que "Occidente" es el abanderado de este proyecto, en lo que "Oriente" es su negador.

GLOBALIZACIÓN

La globalización plantea cuatro caminos para su consolidación:

- 1- Lo económico, donde se propone el "liberalismo clásico" o el hoy llamado neoliberalismo.

- 2- La ética y la estética, donde se proyecta la postmodernidad y donde pueden incluirse términos como : otredad, individualidad, tolerancia.
- 3- La política, donde se estimula a la democracia representativa o a lo que Robert Dahl denomina la "poliarquía", como sistema universal para el desarrollo político.
- 4- El Derecho, donde se propone un sistema legal internacional, capaz de hacer subordinar la soberanía de los países a los conceptos internacionalmente aceptados de derechos humanos y relaciones entre estados.

La globalización, se identifica no por gusto pero sí a veces injustificadamente con la búsqueda de espacios económicos cada vez mayores. Esto se tipifica por la expansión mundial de las empresas más poderosas, sean transnacionales de países industrializados o no, en un proceso mediante el cual estas van proyectándose hacia todos los espacios económicos donde colocan sus sucursales, sus inversiones sus factorías, sus productos y su forma de ver el mundo.

Este fin de siglo, asiste sin lugar a dudas, a la confirmación de la democracia representativa, (*) como modelo político para las naciones. Sobre todo esta tesis se confirma desde 1974, cuando y según Huntington comienza lo que el llama la "Tercera Ola" de la democratización: con la Revolución de Portugal, el desalojo de los Coroneles Negros en Grecia, y sobre todo, el proceso democratizador llevado a cabo en España a la muerte de Francisco Franco. Este movimiento hacia la democracia tuvo su continuidad hacia América Latina al comienzo de los 80 y su clímax en el 89, con el derrumbe del "socialismo real"

Me gustaría ceñirme a lo ocurrido desde 1973, hacia acá, y como, este llamado proceso de democratización mundial se ajusta a las ideas globalizadoras que pretende establecer occidente desde su liderazgo.

Creo que el primero que habló sobre el tema fue el clarividente Carlos Marx, cuando comentó que "la historia universal había comenzado con el capitalismo", ya que fue este sistema, en su afán de crecer y de hallar nuevos mercados, quien propició la comunicación entre hombres mercancías y culturas. Pero para mí, la vocalización cuasi perfecta y antecesora del actual código, fue la del sabio cubano Don Fernando Ortíz, cuando articuló el vocablo

"transculturación", como índice premonitorio de lo que vendría después.

La globalización postmoderna necesita de la democracia y a su vez esta de aquélla. Si el primer ejemplo de globalización, (la transculturación sufrida en las regiones colonizadas) fue un fenómeno de imposición cruel y violento, ahora se necesitan herramientas más civilizadas para que la imposición se convierta en asimilación. La conformación del término democracia, y sus orígenes, son harto conocidos. Pero para enfocar el problema en las nuevas circunstancias debe ser necesario presentar las ideas que sobre esta se manejan actualmente.

DEMOCRACIA

En principio y por supuesto, la democracia es un término político que incluye varias dimensiones:

- 1- La competencia política.
- 2- Participación de la ciudadanía por medio de partidos, asociaciones y/o otras formas de acción colectiva.
- 3- Responsabilidad de los gobernantes ante los gobernados, mediante los mecanismos de representación y con apego a la ley
- 4- Control civil sobre el estamento militar. (1)

Robert Dahl ofrece la lista más generalmente aceptada de lo que denomina como las condiciones "procedimentales mínimas", que deben estar presentes para que existan la democracia política o "la poliarquía". Que és :

- 1- Control del pueblo sobre las decisiones gubernamentales.
- 2- Cargos públicos elegidos en las elecciones frecuentes con ecuanimidad. La coerción es comparativamente poco frecuente.
- 3- Los adultos tienen derecho a votar.
- 4- Los adultos tienen derecho a concurrir con cargos electivos.
- 5- Los ciudadanos tienen derecho a expresarse sobre cuestiones políticas.(sin peligro a ningún castigo severo)
- 6- Los ciudadanos tienen derecho a buscar fuentes alternativas de información. Aún, las protegidas por la ley.
- 7- Los ciudadanos tienen derecho a formar grupos independientes. (2)

Los participantes en la democracia además, deben estar de acuerdo, al menos formalmente, en que quienes ganan el apoyo electoral e influencia sobre las políticas públicas no usarán su superioridad temporal para excluir a los

perdedores de asumir cargos públicos o ejercer influencia en el futuro y en que a cambio de esta oportunidad de mantener la competición por el poder y por un lugar, los perdedores momentáneos respetaran el derecho de los vencedores a tomar decisiones que obliguen a todos, y que los ciudadanos obedezcan las decisiones emanadas del proceso de competición, siempre que sus resultados sean contingentes respecto a sus preferencias colectivas tal y como se expresaron mediante elecciones justas y regulares o negociaciones abiertas y repetidas.

La contraposición a la democracia son los gobiernos hegemónicos, que suelen ser llamados autoritarios o totalitarios. Si recordamos el origen del término totalitario, no debemos olvidar que fue empleado por primera vez por los adversarios de Mussolini en 1922, para referirse a su gobierno (él luego lo asumió como algo positivo). Fue esa identificación inicial con el fascismo y luego con el nazismo, la que pesó sin duda mucho en la posterior utilización del vocablo; aunque no faltaron quienes desde posiciones de izquierda, como el caso de León Trotski, emplearan esa fórmula respecto al Stalinismo en los años treinta.

Sus elementos básicos aún a riesgo de simplismo son:

- 1- El monopolio político de las decisiones por un partido.
- 2- El monopolio social, el control sobre todo tipo de organización, mediante el cual la sociedad pierda toda su autonomía.
- 3- El monopolio de todos los medios de información.
- 4- El uso del "terror", o la abolición de los límites legales a la acción del estado.

Quedarían fuera como rasgos secundarios otros que parecen fundamentales para otros analistas como:

- (a) El control total de la economía.
- (b) La capacidad de movilización ideológica de la población.

Pero se reafirmaría en cualquier caso, la idea de que la categoría de totalitarismo se puede aplicar a todo el sistema que aparezca esencialmente cerrado e inmune a cualquier tipo de cambio.

En estos tiempos, el autoritarismo ha sido justificado por nacionalismos y por ideología. Sin embargo, la eficacia del primero como fundamento de un gobierno no democrático depende en gran parte de la existencia de un

enemigo de las aspiraciones nacionales de un pueblo, que resulte creíble. El nacionalismo también es una fuerza popular y puede legitimar con la misma eficacia tanto un gobierno democrático como otro que sea autoritario.

Los sistemas tradicionalmente no democráticos, se caracterizan por la existencia de un partido único, generalmente dirigido por un solo hombre, o un pequeño grupo de líderes, una policía política poderosa y omnipresente, una ideología muy desarrollada como tal, que sostiene un ideal de sociedad que el movimiento totalitario se compromete a realizar, hay posiblemente una mentalización, y aunque se asuma el discurso de una ideología, ésta no existe; hay una penetración y un control por parte del gobierno de los medios de comunicación de masas y de todas o de la mayoría de las organizaciones sociales y económicas; un pluralismo limitado y no responsable y ningún esfuerzo por reformar la sociedad y la naturaleza humana. (3)

La concepción demoliberal de la democracia aboga por mantener el dominio público sobre la sociedad de forma tan limitada como sea posible, mientras que la aproximación socialista o socialdemocrática lo extendería a través de la regulación, la subsidiación y en algunos casos posesión colectiva de la propiedad. Ninguno de estos dos planteamientos es intrínsecamente más democrático que el otro, sino tan solo democrático de forma diferente.

Esto explica el porqué las medidas encaminadas a desarrollar el sector privado, no tienen que ser implícitamente más democráticas que las orientadas a desarrollar el sector público. Eso sí, llevadas a extremo, ambas tendencias pueden socavar la práctica de la democracia; la primera, destruyendo las bases para satisfacer necesidades colectivas y ejercitar la autoridad legítima; la segunda, destruyendo las bases para satisfacer preferencias individuales y controlar acciones gubernamentales legítimas. Las diferencias de opinión sobre la combinación de las proporciones dan buena parte del contenido sustantivo del conflicto político en el seno de democracias establecidas. (4)

El capitalismo desarrollado es el principal promotor de la idea y del concepto más usado actualmente como democracia y la compatibilidad a largo plazo entre democracia y capitalismo parece no estar en duda, a pesar de sus continuas tensiones.

La estimulación del ideario económico liberal donde se incluye el derecho del individuo a la propiedad privada, la libertad de producir sin regulación estadual o la privatización de empresas estatales favorece necesariamente la consolidación de la democracia. Es más, en estos momentos hay varios ejemplos en los cuales el liberalismo clásico no entró de manos de la democracia; si no todo lo contrario. Fue la democracia la que entró, luego de la aplicación del liberalismo clásico, ya que este último potenció la presencia de nuevas fuerzas económicas, que luego de llegada su madurez necesitaron un espacio político.

Por que y claro está, las democracias no son necesariamente más eficientes que otras formas de gobierno. Sus tasas de crecimiento agregado, ahorro e inversión, pueden no ser mejores que las de regímenes no democráticos. Esto es particularmente probable durante las tensiones democráticas, cuando grupos de empresarios o élites administrativas pueden responder a las amenazas reales o imaginarias que se ciernen sobre los derechos que disfrutaron bajo un gobierno autocrático, dando inicio a la fuga de capitales, la retirada de inversiones o el sabotaje económico. El gobierno autocrático por tener la capacidad de reunir, sin discusión ni cuestionamiento puede aplicar, como se ha demostrado, todas las medidas que se necesiten por impopulares que sean para organizar una fórmula económica neoliberal y aplicarla.

Por supuesto y lo repito, las democracias no son necesariamente más eficientes administrativamente. Su capacidad para tomar decisiones puede ser más lenta que en los regímenes que reemplazan, aunque sólo sea por el hecho de que hay más actores que deben ser consultados.

Y por otra parte no es probable que las democracias aparezcan como más ordenadas, concentradas, estables o gobernables que a las autocracias que reemplazan. Eso es un producto colateral de la libertad democrática de expresión, pero también un reflejo de verosimilitud del continuo desacuerdo sobre nuevas reglas e instituciones. (5)

Ahora bien, es cierto que la relación entre participación y legitimidad es una de las cuestiones más debatidas en la teoría empírica de la democracia: Pero ¿Representa necesariamente una participación elevada, un alto grado de apoyo

al régimen? o ¿Una participación pequeña implica automáticamente un bajo nivel de legitimidad?. Por ejemplo en España, el continuo aumento de la abstención a partir de 1977 se consideró como una muestra inequívoca del desencanto con el régimen democrático, aunque esta pregunta nunca se respondió en la realidad, se convirtió en una tesis generalizada de las fuerzas antidemocráticas. (6)

Otra de las interrogantes de la democracia política, es su relación con la igualdad socioeconómica. Aquí hay dos posiciones, una que desliga esta relación y otra donde varios autores tratan de unir estos criterios y afirman que, para que pueda existir una democracia en ciertas regiones geográficas (7) debe haber un equilibrio económico en lo social.

COMUNICACIÓN, POLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN

Queda claro que la democracia no puede llegar a todos por igual (entre otras cosas) a partir de las diferencias socioculturales entre regiones y países. Sólo el desarrollo científico técnico propiciado por la mecánica capitalista y dentro de ello los medios de comunicación ha desbordado la idea de la forma de gobierno que proyecta el liderazgo occidental.

La radio de onda corta, la televisión vía satélite, las computadoras y sus autopistas de información; así como los fax y los teléfonos satelizados permiten que acontecimientos lejanos e irrelevantes, sean percibidos como cercanos e importantes, se comuniquen las clases políticas, aumenten las dificultades de los gobiernos autoritarios para mantener desinformadas a sus élites; así como a sus informadores públicos, aislados; para evitar la remoción de sus regímenes.

Gracias al gran impacto de las comunicaciones mundiales, vivimos directamente desde el lugar de los hechos, desde mediados de los 80, las hambrunas del Sahel y también la imagen de una revolución democrática mundial se convirtió indudablemente en una realidad en la mente de los intelectuales y los líderes políticos en la mayor parte de los países del mundo.

Sí la intensificación de las comunicaciones hizo que acontecimientos lejanos parecieran muy

importantes, los efectos de demostración fueron más fuertes entre países que estaban geográficamente próximos y eran culturalmente similares. Por ejemplo, la caída del gobierno fascista portugués y la democratización española tuvieron un efecto catalizador en Brasil y el resto del continente latinoamericano. (8).

La sublevación de jóvenes militares y los conflictos sociales desencadenados en Portugal, tras la Revolución de los Claveles, estimuló a los líderes de la democratización en España y Brasil a que intentaran un proceso de cambio político dirigido desde el poder para evitar exactamente la ruptura que sufría el estado luso. De la misma manera, y diez años después el enjuiciamiento de los militares argentinos luego de ser expulsados del poder, tras la derrota en las Islas Malvinas, provocó que los militares que gobernaban en Chile y Uruguay exigieran para su salida, garantías de inmunidad por sus hechos.

La razón de la concatenación de esta tendencia hacia la democracia, fue la tremenda expansión en las comunicaciones mundiales y los transportes ocurrida en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial y en especial la cobertura del mundo por la televisión y los satélites de comunicaciones en los años sesenta. Antes de estos avances tecnológicos, los gobiernos hegemónicos todavía podían controlar los medios locales de información y al mismo tiempo, eliminar eficazmente las posibilidades que tenían sus pueblos y sus oponentes políticos de recibir mensajes que a ellos no les interesaban que fueran recibidos. (9)

El inicio del proceso de democratización que se inició en el último cuarto de siglo coincidió más o menos con la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSE), el Acta Final de Helsinki y el comienzo de lo que llegaría a ser conocido como el Proceso de Helsinki. Hay varios elementos de este proceso que incidieron en el desarrollo de los derechos humanos y la democracia en Europa Oriental y por su extensión también al resto del mundo. Y es el hecho, que tanto en la conferencia inicial como en las siguientes, se adoptaron una serie de documentos que otorgaban legitimidad internacional a los derechos y libertades humanos y al control internacional de esos derechos de determinados países. (10)

Y es que la democratización como herramienta de la globalización emplea una serie de conceptos

que hasta no hace mucho eran obviados, o poco considerados por políticos y gobernantes; y que hoy día tratan de estructurarse como validantes, considerándose, cuando no se toman en cuenta, como un freno para lograr la prosperidad nacional y la paz internacional; bajo el presupuesto de que los estados democráticos y liberales, en contraposición a los autoritarios y hegemónicos, son menos propensos a la agresión externa y al desequilibrio interno.

Estas propuestas son vistas por algunos autores cubanos como formas de ingerencismo que más que provocar vuelcos políticos positivos, en las naciones no democráticas, tratan de propiciar la educación de estas naciones para los fines de pérdida de la nacionalidad dentro del proceso de globalización. (11)

Las primeras democratizaciones, de finales de siglo a las que Huntington llama "la tercera ola" fueron el resultado de resortes, no de "teorías del dominó". Una guerra en tres puntos de África que no podía ser ganada, una derrota militar en Chipre y la muerte de Franco dispararon las democratizaciones en Portugal, Grecia y España. La humillante derrota en las Islas Malvinas, el asesinato de Benigno Aquino al llegar al aeropuerto de Manila y la visita del Papa Juan Pablo II a su tierra natal, cuando ya había comenzado la Perestroika en la Unión Soviética, tuvieron similares efectos en Argentina, Filipinas y Polonia. Estos procesos fueron en su medida, considerablemente autónomos. (12)

Pero esto no salió de la nada, hubo muchos factores que contribuyeron a la aparición en los años setenta y ochenta de regímenes democráticos en países que previamente habían tenido regímenes autoritarios; ante todo, niveles más elevados de bienestar económico, que llevaron a una amplia alfabetización, educación y urbanización, una clase media más amplia y el desarrollo de valores y actitudes de apoyo a la democracia; cambios al mismo tiempo a nivel popular y en los niveles directivos de la iglesia católica que llevaron a esta a oponerse a los regímenes autoritarios y autocráticos y apoyar a la democracia; el cambio de las políticas de apoyo al desarrollo de la democracia de la Comunidad Europea, Estados Unidos y, a mediados de 1980, la Unión Soviética; y los efectos de la "teoría del dominó", que con la aparición de gobiernos democráticos en países emblemáticos como España, Argentina, Filipinas y Polonia, lograron una incidencia en el fortalecimiento del

movimiento hacia la democracia en otros países. (13)

ECONOMÍA, POLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN

El desarrollo económico es sin lugar a dudas uno de los más importantes factores que promotores de los cambios en la estructura social y de los valores que a su vez estimulan la democratización.

La democratización tiene una de sus principales bases en el desarrollo del pensamiento y la realidad económica. Hoy, la manufactura está cediendo sus posiciones preponderantes ante la mentefactura. Las organizaciones de control autoritarias, y tradicionales están siendo rápidamente sustituidas por organizaciones inteligentes, de naturaleza policelular, que se basan en el conocimiento, en la información intensiva y en las decisiones colegiadas.

La gesta de los proyectos grandilocuentes y totalizadores, ceden su paso a otras propuestas: la de entender la trama de los micropoderes sociales y las articulaciones intrasociales que llevan a la necesidad de una dirección en red a despecho de los modelos de, Taylor y Ford, que son endógenamente racionalistas, verticales y altamente jerarquizados. El modelo hegemónico de comunicación clásico, unilineal, vertical y monológico es contrarrestado por el nuevo paradigma de comunicación social, multilineal, horizontal, poliformista y dialógico. (14)

Es este pensamiento económico y organizacional, el que condiciona sin lugar a dudas en principio, la necesidad de la democracia para el actual período. Los líderes de las empresas ya no pueden imponer su criterio, en cuanto que el alto nivel de los especialistas que se les subordinan, supera en mucho su nivel de información y para poder tomar decisiones acertadas deben muchas veces dejar las tomas de decisiones en sus manos. El caudal de conocimiento acumulado por el hombre hace risible en esta era, la existencia de un "jefe sabelotodo".

En otro orden, el nivel de bienestar económico dentro de la sociedad determina por sí mismo la naturaleza de los valores y las actitudes de sus ciudadanos y promueve el desarrollo de sentimientos de confianza entre las personas, satisfacción vital y competencia, que a su vez, se

corresponde proporcionalmente, con la existencia de instituciones democráticas. A esto se le suma que el desarrollo económico aumenta los niveles de educación en la sociedad. La mayoría de la gente con educación superior - por ejemplo - tiende a desarrollar características de confianza, satisfacción y competencia, que van en conjunto con las aspiraciones de la democracia. (15) Este desarrollo económico y este mercado, que le es inherente no se legitima exclusivamente por su funcionamiento; el desempeño económico es evaluado en relación con las ideas predominantes de orden y estas son en un nivel importante, una elaboración política. El mercado se inscribe en una institucionalidad social, política y moral, y no puede ser desvinculado de su marco.

TRANSICIÓN Y DEMOCRACIA

Salta a la vista otra probable pregunta. ¿Cómo se relacionan la naturaleza del régimen autoritario con la naturaleza del proceso de transición hacia la democracia?.

Hasta donde se ha mirado, no hay una relación puntual; aunque lo primero tiene consecuencias sobre lo segundo. Con tres excepciones, todas las transiciones de regímenes militares implican transformaciones o reemplazos. En las tres excepciones (Argentina, Grecia y Panamá) los militares sufrieron importantes derrotas contra enemigos externos y se hundieron como consecuencia de ellas.

En otros lugares, los gobernantes militares tomaron la iniciativa, a veces en respuesta a la presión popular y de la oposición para producir otros cambios en el régimen. Lo que hizo que hubiera gobernantes que estuvieran en mejor situación para terminar sus gobiernos, que los líderes de otros regímenes.

Una derrota militar ante un enemigo externo o por parte de la oposición interna de los gobiernos no democráticos, solo prepara lo que se hace llamar como la transición, debido a que el gobierno es democrático, no solamente cuando es elegido por esa vía; sino cuando además hay una continuidad en esta elección. Para Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, la democratización se entiende como un proceso histórico con fases de transición, consolidación, persistencia y por consiguiente analíticamente distintas, si bien empíricamente superpuestas. (16)

La transición democrática tiene varias modalidades, que es preciso poder distinguir:

- 1- Cuando, podemos diferenciar casos en los que las democracias son el resultado de estrategias basadas principalmente en el uso de la fuerza, o de aquellos casos en los que surge de un acuerdo.
- 2- Cuando, los grupos en el poder, no obstante cuan debilitados estén conservan su predominio con relación a los representantes de las masas.
- 3- Cuando, los representantes de las masas, han accedido a una fuerza mayor, aún y temporalmente, vis a vis las élites dominantes.

Según O Donnell y Shmitter, se producen cuatro tipo de transiciones democráticas: reforma, revolución, imposición y pacto. (17)

Pero como lo señala Adam Przeworski, "lo que diferencia sobre todo a estas etapas de la democracia es el grado de incertidumbre que prevalece en cada momento". Durante las transiciones de régimen, todas las interacciones y los cálculos políticos son muy inciertos. Los actores internos tienen dificultad para identificar sus intereses, saber quienes serán sus partidarios, y que grupos sus aliados o contrarios y tendrán que evaluar si se desarrollan fuerzas centrífugas o centrípetas en la sociedad. Los militares y los partidos civiles educados en un régimen autoritario, típicamente se dividen en facciones de línea dura y blanda. Mientras los partidos políticos en un marco de transición democrática surgen como privilegiados en este contexto, ya que a pesar de sus diferencias respecto a estrategias y de su incertidumbre en cuanto a la identidad partidaria, la lógica de la competencia electoral los pone en la mira pública y los obliga a ser atractivos a la más variada clientela. La única certeza es que "el establecimiento de elecciones" elimina a los que incurren en graves errores de cálculos. (18) Y eso lo está demostrando la historia.

Ahora bien; ¿Cómo deberá entenderse la democracia en un mundo de autoridades políticas independientes?

En nuestro tiempo, el problema de la democracia es, cómo garantizarla en todos los centros del poder y autoridades internacionales, pues la democracia no sólo consiste en garantizar un conjunto de derechos civiles, políticos y sociales;

si no también en defender y establecer estos derechos dentro de una estructura de poder compleja, intergubernamental y transnacional. La democracia, solo puede realizarse plenamente a través de los organismos y organizaciones que forman parte de los estados nacionales a la vez que traspasan sus fronteras. Por ello sólo en núcleo o federación de estados y organismos democráticos se puede garantizar la democracia. Así pues, para que la democracia se haga posible, incluso dentro de un entramado de fuerzas y relaciones internacionales, los principios y fundamentos democráticos deberán activarse a los centros de poder nacionales e internacionales. Este es uno de los contenidos básicos del término democratización en la era actual. (19)

ESCENARIO INTERNO, DEMOCRACIA Y GLOBALIZACION

Es necesario en estos tiempos redefinir el significado y lugar de la democracia en relación con una serie de estructuras y procesos locales, regionales y globales. Cuando menos, será necesario integrar dos consecuencias de la globalización que pueden afectar a los sistemas políticos nacionales:

- 1- Los procesos de interdependencia económica, política, jurídica y militar que alteran hoy el carácter del estado soberano de distintos modos.
- 2- La interconexión global crea un entramado de decisiones y resultados políticos que unen a los estados y a sus ciudadanos a la vez que modifican la naturaleza y la dinámica de los sistemas políticos nacionales.

La democracia deberá asimilar estos dos fenómenos y sus aplicaciones en los centros de poder nacionales e internacionales, esa es una de las fórmulas objetivas de la transformación política y social a nivel universal. Ahí está en juego la redefinición del significado de la política con relación a las redes internacionales de estados y organizaciones y asociaciones nacionales y civiles. La configuración y estructura internacional de la política y de la sociedad civil deben incorporarse a las bases del pensamiento político contemporáneo y también a la teoría y práctica democrática. (20)

ESTADO, DEMOCRACIA Y GLOBALIZACION

El estado también tendrá que sufrir sus transformaciones, y esto es hace ya algún tiempo motivo de discusión, debido a que en estas convergen algunas de las principales tendencias de la sociedad. La cuestión del estado se encuentra mezclada de manera más o menos directa con:

- A. La reestructuración del desarrollo económico vinculado a la globalización de los mercados y los procesos productivos.
- B. La prioridad de las políticas sociales para contrarrestar los procesos de segmentación e inclusive de desintegración de la sociedad.
- C. Las iniciativas de democratización para fortalecer la legitimación ciudadana.
- D. La búsqueda de nuevas expresiones culturales y formas simbólicas que representen las identidades colectivas. (21)

Estas transformaciones que incluyen la forma de pensar y de asumir los problemas de la sociedad tienen un punto de medición en la transición democrática que se reporta de diferentes maneras. Sin embargo y a pesar de todas las diferencias la democratización dentro de la globalización comporta una serie de importantes características. De los más de treinta procesos de democratización que ocurrieron o estaban por ocurrir hacia 1995 solamente tres (Panamá, Granada y Haití) fueron el resultado de la invasión extranjera y por lo tanto impuestos. En la mayoría de los otros cambios el estado autoritario no se desmerengó, (a excepción de Nicaragua) tras una prolongada lucha guerrillera o guerra civil. Lo que podríamos llamar sublevaciones revolucionarias ocurrió en dos casos: Portugal y Rumania, pero la revolución lusitana implicó muy poca violencia, mientras que la revuelta Rumana fue un levantamiento popular apoyada por los militares y de muy corta duración.

Es presente, que los agentes exógenos estimulan significativamente a la democratización y juegan un importante papel en este fenómeno. Ya desde finales de los años 70', las más importantes fuentes internacionales de poder occidental (el Vaticano, la Comunidad Económica Europea, Estados Unidos y la extinta Unión Soviética (este último luego de 1985)) eran activos promotores de la liberalización y la democratización. Por ejemplo, Roma declaró ilegítimos a los gobernantes autoritarios en los países católicos;

Bruselas proporcionó incentivos para la democratización en el cono sur latinoamericano; Washington impulsó la democratización en Latinoamérica y en Asia; Moscú eliminó la doctrina Breshnev lo que permitió un nuevo mirar en Europa oriental. En cada caso, las acciones de estas instituciones externas reflejaron cambios significativos en sus políticas. En ausencia de aquellos cambios políticos y sin la influencia de estos actores foráneos, la democratización hubiera incorporado a menos países. (22)

Es por ello que allí donde se intentó la liberalización económica, esta estimuló el deseo democratizador. Aunque y se sabe, que el proceso de globalización económica ha acentuado la segmentación social. La globalización económica /financiera, cuestiona el Welfare State keynesiano o en el caso latinoamericano, el "estado desarrollista". En el nuevo contexto, el estado deja de ser el principal agente del desarrollo económico y social.

Pero también hay que ver que la noción liberal clásica del estado subsidiario resulta insatisfactoria en una compleja institucionalidad social y presupone la regulación estatal.

Y es que la centralidad del estado como actor protagónico único, ha demostrado serias insuficiencias reconocidas por todos:

- A. Ruptura entre la dirección operacional y los imperativos prácticos.
- B. Hipertrofia en el control y la inspección.
- C. Rigidez de sus burocracias en lo económico.

Es conocido que en el estado regimiento centralizado la economía depende de los que no dependen de la economía y más aún se desarrollan nuevas formas de explotación; la burocracia eficiente del modelo weberiano se apropia de una parte suplementaria del plusproducto en forma de renta real cosificada en símbolos de su poder que superan con creces las rentas nominales que tienen asignadas por el desempeño de su trabajo. (23)

La burocracia, como clase que conformó la estructura social dentro de los socialismos y los corporativismos de estado, acaparó las funciones de administración de la producción y distribución de las rentas, generando inmovilismo y degradación ética, estética y moral. (24)

Los sistemas democráticos occidentales, como ya hemos dicho, son menos dependientes que los sistemas autoritarios del rendimiento para lograr

su legitimación por que el fracaso en el ejercicio recae sobre los funcionarios, más que sobre el sistema y la caída y remplazo de los funcionarios acarrea la renovación del sistema. En las sociedades con sistemas orientales que han adoptado, o parecen haber adoptado el modelo democrático todavía se lucha contra los preceptos culturales que hablan de subordinación al padre, al jefe, al estado. En la tradición liberal individualista de Locke, el ciudadano es concebido en tanto individuo externo al estado, su pertenencia se funda en un contrato mediante el cual el ciudadano apoya al estado en intercambio de servicios que le hacen sentirse más plenos.

Notas:

(01) ver: Terry Karl / "Dilemas de la Democratización"

(02) ver: Schmitter y Karl/ "Que es y que no es la Democracia."

(03) ver: Huntington Samuel / "La Tercera Ola"

(04) ver: Schmitter y Karl / "Que es y que no es la Democracia"

(05) ver: idem.

(06) ver: Maravell y Santa María / "Transición Política y consolidación de la Democracia en España"

(07) ver: Jonas y Stein / "Democracy in Nicaragua"

(08) ver: Huntington, Samuel / "La Tercera Ola"

(09) ver: Idem.

(10) ver: Idem.

(11) ver: Chauilloux, Lopez, Baró / "Globalización y Conflicto"

(12) ver: Huntington, Samuel / "La Tercera Ola"

(13) ver: Idem.

(14) ver: Aguilera y Carnet / "Postmodernismo ¿Paradigma Cultural del Neoliberalismo?"

(15) ver: Huntington, Samuel / "La tercera Ola"

(16) ver: Terry Karl / "Dilemas de la Democratización"

(17) ver: Idem.

(18) ver: Idem.

(19) ver: Held, David / "Democracia y Globalización"

(20) ver: Idem.

(21) ver: Lechner, Robert / "Reflexión acerca del Estado Democrático"

(22) ver: Huntington, Samuel / "La Tercera Ola"

(23) ver: Trostki, León / Termidor

(24) ver Aguilera y Carnet / "Postmodernismo ¿Paradigma Cultural del Neoliberalismo?"

(*) No se pretende aquí hacer una evaluación técnica del término democracia por lo

atractivamente subjetivo que puede ser. Como referencia se puede consultar ¿Después de la Revolución? de Robert Dahl.

Bibliografía

- Chailloux, Lopez y Baró. Globalización y Conflicto"
- Terry Karl. Dilemas de la Democratización
- Schmitter y Karl. Que es y que no es la Democracia
- Jaime Pastor. ¿Del Colapso al Caos?
- Maravall y Santamaría. Transición Política y Consolidación de la Democracia en España
- Jonas y Stein. Democracy in Nicaragua
- Samuel Huntington. La Tercera Ola
- Aguilera y Carnet. Postmodernismo: ¿Paradigma Cultural del Neoliberalismo?
- David Held. Democracia y Globalización
- Robert Lechner. Reflexión Acerca del Estado Democrático

13 de julio de 1997

TRES NOTAS SOBRE LA TRANSICIÓN.

Lic. Emilio Ichikawa

CUBA. DE LA INDEPENDENCIA TRUNCA A LA REVOLUCIÓN MESIÁNICA

I. A diferencia de otros países con un pasado colonial, en Cuba no hay una fiesta vinculada al día de la Independencia. De hecho, ese día no es preciso en nuestra imaginación. La historiografía ha intentado solucionar la indefinición recurriendo al manido recurso de la adjetivación; así, se podría distinguir entre una "pseudo" y una verdadera república independiente, la primera alcanzada en 1902 con carácter constitucional, la segunda en 1959 y con carácter constituyente (la Revolución, per definitionem, es fuente de derecho; la costumbre, por ejemplo, no).

En su lugar lo que se celebra en la Isla es el inicio de las guerras por la independencia, el 10 de octubre de 1868. Festejo singular, pues no está vinculado a la consumación de un propósito sino a la práctica de un método. Como sucede con la República Martiana, establece una tradición por futuridad, el entusiasmo de un proyecto. Por demás, es significativo que se asuma como fiesta no el establecimiento de una paz sino el inicio de una guerra. De ahí que nuestra hagiografía nacional esté formada por una nutrida lista de militares y héroes de la fuerza que, si bien en el siglo pasado implicaban por lo regular una esmerada ilustración, ya en el siglo XX se escinden con frecuencia las cualidades. Se divorcian notablemente el arma y el alma.

No es de extrañar entonces que a un siglo de historia el 1898 se presente a la conciencia nacional como una incógnita. Amén de algunos ejercicios de erudición historiográfica o algún atrevimiento filosófico, serán ante todo los políticos nacionales quienes signen la fecha. Es curioso que aún en las vísperas no haya una señal política explícita, lo que obliga a la discreción en las declaraciones públicas acerca de hacia qué lado de la tensión España-EE.UU se inclinará la valoración cubana.

La intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana impidió la emergencia de la nación como totalidad a la vida independiente. La preparación de las bases de una República Cubana entre 1898 y 1902 no concluyó en la nación-una; por el contrario, surge como fruto del éxito de un partido, de una parte. Es decir, nace fragmentada, incompleta, zanjada. Por esta razón tampoco el primer presidente de la República fue un <<"Padre">> sino una suerte de tutor temporal sin la oportunidad histórica de fundar. En consecuencia, la sustitución del presidente Tomás Estrada, intervención norteamericana mediante, no trajo esa situación de fértil orfandad que acompaña a las consolidaciones políticas nacionales. Esta carencia la llenaba de alguna manera la figura inasible de José Martí, un padre espiritual, con un simbolismo profundo y una eticidad enaltecedora, pero sin una doctrina económica y política convincente desde el punto de vista instrumental.

La función de Padre, de ese señor-amo que escolta los nacimientos, la había usurpado de hecho (y desde su perspectiva de derecho) el gobierno norteamericano; pero no era un rol que podía cumplir cabalmente dado su carácter de extraño.

El verdadero Padre de la nación cubana sería entonces aquél que fuera capaz de negar al Padrastró y en consecuencia ganara el derecho de hablar ya no en nombre de una parte de los hijos sino de todos ellos. En resumen, aquél que tuviera la oportunidad de asumir a los cubanos como una gran familia.

II. Las inconclusiones de 1898 dejaron el vacío del Padre Fundador y la mitología asociada al día de la independencia. Los líderes políticos de la República no lograron llenarlo al no poder concretar el potencial mesiánico y tuvieron que <<limitarse>> a ser jefes de partido. A pesar de que algunos intuyeron la posibilidad de hablar en nombre de todo el pueblo cubano (como Batista y Chibás) no lograron pasar de la representación de clases y capas de la sociedad, cuando no de sectores y hasta grupos de familias. Tampoco fueron muy decididos en la negación del falso Padre, indefinición que desaprovechó la práctica de la demagogia política llamativa que ganara las simpatías nacionales y, como sucede aún hoy, capaz de hechizar a la opinión pública internacional, específicamente a la izquierda norteamericana y la sensibilidad general del socialismo y la socialdemocracia europea.

Fue Fidel Castro, en el contexto de la revolución de 1959 quien pudo convertirse en El Padre capaz de sintetizar las ansiedades pendientes de aquel 1902. Se hizo con el poder no en el nombre de un partido sino del pueblo cubano todo; no reformó sino que impuso su propia fórmula política y se enfrentó en una intensa lucha (cierto que más pública que real) con el Padrastró. Cuba quedaba literalmente bajo su patria potestad, era su casa (ofrecimiento que muchos cubanos pusieron en las puertas de sus hogares: Fidel, ésta es tu casa) y los cubanos su familia, hijos a quienes podría castigar o premiar según entendiera. No para su mal, claro está, sino como Padre que era según considerara lo que significaba el bien.

De esta manera se instauraba en el lenguaje público el uso paternalista-autoritario de la primera persona del plural. El nosotros se empezó a extender y ya hoy cunde hasta en el vocabulario de los funcionarios más lejanos. El derecho a hablar por sus hijos, que de alguna manera se tolera al Padre, ha degenerado con el tiempo en esa usurpación que consiste en hablar por otros. Centenares de caricaturas de Padres pululan por la Isla estableciendo indiscriminadamente <<los acuerdos que nos conviene firmar>>, <<la comida que nos conviene comer>>, <<el impuesto que

nos conviene pagar>>, etc. Parece olvidarse una vez más que Padre, lo que se dice Padre, hay uno solo, axioma que explica la violencia con que el poder mediocre excede incluso al poder total.

El paternalismo totalizante ha pasado así de fenómeno histórico a institución de la cotidianidad.

III. La Revolución de 1959 no cumple el esquema de movimiento parricida pues Batista representaba más bien todo lo contrario a un Padre; era una suerte de Anticristo que ni siquiera perdió el apetito antes de fugarse de Cuba. Por eso, más que una fraternidad que se levanta sobre un Padre muerto, la Revolución de 1959 significó una congregación en torno al Salvador bajado de la montaña, mimado primero como hijo pero, al ver que

no venía en nombre de nadie sino de sí mismo, asumido al fin como Padre. Lo más probable es que el movimiento parricida se anule o se posponga.

El bautismo independentista estaba pendiente en Cuba desde la transacción de 1898-1902 y la Revolución lo incorporó a su patrimonio. Como quedaba aún espacio para la <<verdadera>> independencia dispuso de un aparato argumentativo muy seductor donde se mezclaron en mágica retórica elementos muy caros a un parto político fundacional: independencia, anti-injerencismo (y más precisamente antiyanquismo), contradictadura (formulación falaz de la democracia), realización histórica y fraternidad de todos los cubanos, reivindicación social y ética de la pobreza. Todas las prestidigitaciones propagandísticas posteriores ya estaban implícitas en las combinatorias de estos guarismos.

Salirse de la fraternidad era salirse de la patria, de la moral y de su albacea personal. En un sentido más inductivo, faltar al Padre era como faltar a la nación y aún a la condición humana. Historia, moral y política se daban un rotundo abrazo y convergían, hegelianamente hablando, en un hombre-época. El narcisismo de gran parte de nuestra historiografía, prensa, narrativa, oratoria, cine y televisión, no es más que un precipitado lógico de esos presupuestos. La filosofía, por su parte, fue inducida a convertirse en un epifenómeno ideológico de una política con dudoso trasfondo teológico; las claves políticas cubanas son antes biográficas que metafísicas, de ahí la afinidad metodológica que cualquier

estudioso cubano puede encontrar en el neotacitismo de Tierno Galván y el <<Boletín de Salamanca>>. La urgencia personalista con que ha acabado desenvolviéndose una sociedad que desde sus inicios se pretendió planificada (lo afirmaba Fidel, en inglés, en una temprana entrevista, como baluarte de la revolución, junto a la justicia social y la democracia representativa) puede observarse hoy en la ausencia de un verdadero pensamiento socialista que argumente teóricamente el rumbo de la real-politik. En estas condiciones el filósofo deviene en una suerte de funcionario del saber desmarcado de los compromisos éticos; como metafísico habrá encontrado una causa última de todos los males: el sistema. Con Aranguren estaría bien recordar que si bien <<el sistema>> utiliza al individuo, tras ese acontecimiento puede percibirse también un individuo que se deja utilizar.

Parafraseando a Ortega podemos decir que en 1959 el <<genio>> de las revoluciones encontró en Cuba su <<oportunidad>>; el <<hombre>> revolucionario se hizo una <<circunstancia>> adecuada a sus ansias. La propia historia cubana con todas sus frustraciones y metas trucas, así como un contexto internacional propicio (un amigo poderoso que es enemigo de un enemigo poderoso), permitieron que un hombre se elevara a categoría de Padre-líder-carismático de toda una nación.

Ahora, al terminar el siglo y con él el milenio, sucede que el contexto internacional se ha vuelto opaco para los grandes líderes, sobre todo para los líderes políticos. En cuanto a la historia de Cuba, no es quizás tanto que no quiera trascendentales líderes políticos sino que ya no los necesita; precisamente por haber satisfecho durante estas últimas décadas la demanda de un Padre salvador capaz de articular los sacros discursos de fundación nacional con una práctica política efectiva. Oportunidad ésta que, dicho sea, no tuvo José Martí.

Todo parece indicar que en el futuro más que Patria tendremos una Matria, no más un Padre protector y severo que premie y castigue según crea lo que es nuestro bien, que nos atraiga al seno del hogar reteniéndonos a su lado, sino una Madre cálida que nos asuma como realmente somos dejándonos partir y regresar a casa cuando lo estimemos.

EL ULTIMO DE LOS POLÍTICOS CARISMÁTICOS

No recuerdo como debiera, pero fue probablemente en una recopilación de CH. Tilly sobre el nuevo pensamiento historiográfico, donde tuve conocimiento del siguiente relato: se había extraviado en Los Alpes un escuadrón de militares, estaban a la deriva y a punto de ser capturados por el enemigo cuando un oficial encuentra en su bolsillo, por casualidad, un mapa. De repente recuperan la calma, se orientan y tras algunas escaramuzas llegan sanos y salvos a su campamento. Al presentarse al Estado Mayor explican lo sucedido mostrando el mapa salvador. Todo fue comprendido excepto un detalle: el mapa era de Los Pirineos.

El suceso servía al historiador para ilustrar la importancia de la teoría general para la investigación social. Aun cuando ésta resulta falsa, es útil por la confianza que aporta y la capacidad de orientar la búsqueda.

Por esta razón quiero reflexionar sobre las posibilidades que existen de una sucesión carismática en Cuba desde la teoría weberiana; conociendo, claro está, que el pensamiento de Weber no es universalizable en todos sus aspectos y que ni siquiera se basó para realizar sus construcciones teóricas en toda la experiencia europea (de por sí limitada) sino de algunas zonas de alta densidad histórica cuyos límites son Rusia y los países ibéricos. Súmese a esto la versión parsoniana en que aprendimos este pensamiento centroeuropeo.

Hasta cierto punto podría convenirse en que el sistema de dominación instaurado en Cuba después de 1959 ha gozado de una legitimación carismática. Ésta fue posible gracias a una convergencia de factores de dudosa repetición. Destaco tres:

- _ inconclusiones acumuladas a lo largo de la historia de Cuba,
- _ contexto internacional propicio,
- _ características muy personales del líder de la revolución.

Es de destacar que esta situación ha sido comprendida incluso por personas que no vieron en la revolución cubana un suceso excepcional sino un <<ejemplo>> a seguir por países de la región. En curioso razonamiento algunos

simpatizantes de la revolución, y en particular de su líder, han concluido que aun cuando esta experiencia histórica fuese deseable, tal alternativa sería inviable pues descansa en propiedades muy singulares de su dirección.

Lo más interesante del razonamiento anterior está en que la conclusión es también posible de cara a la situación interna, nadie podría mandar en la isla según el estilo de Fidel (<<mandar>>: la terminología militar es intencional). El futuro político de Cuba parece atravesado ya por una regla y no por una excepción.

El carisma está vinculado a cualidades que son o <<pasan por ser>> extraordinarias; tanto la afirmación como la cota pertenecen al propio Weber. Es más una <<relación>> que una condición efectivamente distintiva. El líder carismático se suele asociar con lo sobrenatural o sobrehumano, por lo menos con lo extracotidiano. Es lo que ha sucedido en todos estos años con el líder de la revolución cubana, quien públicamente ha sido calificado como <<invicto>>, <<invencible>> (que es mucho más elevado que invicto pues esta cualidad es sólo una invencibilidad presente, ergo finita), <<incomparable>> y últimamente de <<infallible>>. Como puede constatar, la construcción de su imagen pública ha apostado al cabo por el modelo teomórfico.

En el carisma es muy importante según Weber la cualidad de <<no asequible a cualquier otro>>; es decir, el carisma no se comparte y creer que efectivamente un liderato carismático está limitado por un conjunto de normas, convenciones jurídicas, opiniones o contornos teórico-ideológicos definidos es desconocer un elemento básico de la sociología política.

El líder carismático subyuga a sus seguidores (Freud, Le Von, Ortega, Arendt, Canetti) y para lograr su acatamiento no tiene necesariamente que satisfacer sus intereses materiales o su régimen moral. Es un dador de sentido y funge también, como han tenido la honestidad de reconocer algunos textos, como fuente de derecho.

Más que subordinados el líder carismático tiene adeptos y hasta adictos; según Weber el vínculo que se establece entre ellos está caracterizado por <<una entrega plenamente personal y llena de fe surgida del entusiasmo.>>

Como corresponde, el líder carismático no se rodea de una burocracia profesional elegida en términos de competencia técnica sino de <<hombres de confianza>> más entrenados en obedecer que en ayudar. Tampoco formaliza en su entorno una jerarquía nítidamente estructurada, por eso, para localizar hacia dónde se han desplazado las simpatías del líder, que es una definitiva señal de la redistribución de poder, hay que recurrir no tanto a los puestos nominales sino a indicadores alternativos, informales, que se dan preferentemente en el ámbito de la <<esfera imaginaria del poder>> (el sociólogo mexicano Roger Bartra la llamó <<redes invisibles>>) que incluye simbología y liturgia.

Como ha revelado la historiografía francesa, los ayudes de cámara del Rey Sol estaban más cerca del centro de poder que muchos de sus ministros.

Al conformarse los estamentos alrededor del *sympathos* del líder carismático, no existen preceptos definitivos ni jefaturas inamovibles, no hay garantías para el cargo ocupado y las remociones y promociones resultan tan asombrosas como inesperadas. La inseguridad, que a veces roza el miedo, se vuelve así una institución en el arte de dominar.

En la dominación carismática el <<deber>> funciona como fundamento de la legitimidad; resulta así una suerte de obediencia auto-impuesta (autovigilancia) que se recicla en el nivel técnico en términos de fidelidad. Esta es la razón por la que no hay dimisiones en los sistemas de dominación carismática con base estructural bolchevique (por lo menos no es un uso): cualquier intento de salirse del entramado sería interpretado, incluso por el mismo sujeto que lo intenta, en términos de deslealtad, traición, de ruina moral.

Lo anterior vale especialmente para el círculo de los llamados <<hombres de confianza>>. Se explica que Jesús, otro líder carismático, haya sido más enfático en su condena a la traición que a la enemistad. El también fue herido por uno de sus discípulos dilectos.

La dominación carismática es por definición revolucionaria y tiene una relación de subversión con el pasado; a diferencia de la tradicional que se sustenta precisamente en él: la costumbre engendra derecho. Por esta razón en el futuro político de Cuba aparecen reñidos el continuismo y el autoritarismo carismático. Para preservar ese

pasado que será este presente habrá que calificar al futuro y sus actores en términos de <<herederos>> lo que indudablemente sería un elemento rutinizador de cualquier potencial neo-líder. Sería a todas luces una tarea más extensiva que intensiva.

En una hipotética situación de sucesión podríamos analizar, siguiendo el pensamiento weberiano, las posibilidades que existen de resolver en un nuevo líder la conservación de una <<comunidad carismática>>. Éstas serían las vías para sustituir al líder carismático en *statu nascendi* con un nuevo líder continuador:

- a) Búsqueda de un nuevo líder a partir de determinadas señales que debe dar el líder fundador.
- b) Por revelación, oráculo, sorteo u otras técnicas de selección.
- c) Por designación del sucesor hecha por el portador actual del carisma y su reconocimiento por parte de la comunidad.
- d) Por designación del cuadro administrativo.
- e) Por la idea de que el carisma es una cualidad de la sangre, <<carisma hereditario>>.

Hasta donde percibo, ninguna de las posibilidades de sucesión carismática son claras en Cuba; de cualquier manera no creo que en rigor ninguna sea viable: la época histórica de los grandes carismas políticos (sobre todo los políticos) se agota ante nuestros ojos.

Aquí podría ser interesante una digresión metodológica. A pesar de sus aristas tautológicas puede aceptarse, con Durkheim, que el objeto de la sociología son los <<hechos sociales>>, considerando a éstos como una suerte de núcleos estructurantes del mundo de la vida. Apenas habría que añadir que no toda sociedad se organiza en torno a los mismos <<hechos sociales>> o instituciones; por ejemplo, mientras que un estudio del Parlamento Británico sería importante para comprender la comunidad política inglesa, no ocurre lo mismo con la Asamblea Nacional del Poder Popular cubana. Si bien formalmente es ésta la última instancia de soberanía, es el Buró Político del Partido y su Secretario General el centro efectivo de un poder constituido que desborda el poder constituyente y cuya realidad es *supra* y pre-legislativa. Sin embargo, es notablemente grande el poder que formalmente tiene el presidente del legislativo cubano; de ejercerlo, no habría gobernabilidad sin su consentimiento. (Puede recordarse que en un

determinado momento Gorbachov apenas pudo gobernar con la propia Duma roja.)

Por supuesto, el análisis pormenorizado de esta serie de cauces queda pendiente, se trata tanto de reflexión como de observación a la evolución de la política cubana. Las señales muy bien podrían estar implícitas o quizás puedan empezar a darse en un futuro próximo.

El presagio ya sería otro asunto, para no decir que un asunto de otros.

Sí hay entre todo una señal inequívoca en el horizonte: las faenas políticas se vuelven cada día más administrativas y menos mesiánicas. Rectificando una analogía de Habermas, podemos decir que aunque lo fuimos un día, hoy somos progresivamente menos contemporáneos de los jóvenes hegelianos. La política se trivializa y a la larga será ella quien tenga que amoldarse a la lógica de lo cotidiano.

DESPUÉS DE FIDEL, ¿QUÉ?

I. En 1969 el líder comunista Santiago Carrillo escribía el más conocido de sus manifiestos: Después de Franco ¿qué? Inquisición lógica si se tiene en cuenta la irrepitibilidad con que ciertos hombres marcan la manera de vivir y sentir de los pueblos. Desdichadamente son hombres que, por muy resonantes que sean a su paso por la tierra, no son más que criaturas efímeras a los ojos de Dios o modos finitos de la sustancia, para decirlo a la manera de Espinosa. En el mejor de los casos una obligación ética, en otro, una prospección en aras de un reacomodo político.

<<Después de Franco>> no era un simple estado de la sociedad española, era nada menos que la experiencia de una nueva dimensión histórica. Pensar sobre ella fue, cuando menos, un ejercicio de prudencia.

Comenzar a pensar nuestro destino como personas a partir de Fidel me resulta incómodo desde diferentes puntos de vista. Él es la condición de nuestro nacimiento, <<El padre omnipresente>>; sobre todo para aquellos que, nacidos después de 1959, no tenemos otra imagen pública que su imagen, otro contexto que su condición. Y tan significativa me resulta una reflexión de este tipo, que no puedo seguir adelante sin aclarar algunos de los términos implicados en el título.

Digo Fidel y no Castro (como si Carrillo hubiese dicho Francisco) porque en el código de intercambio político cubano el nombre expresa cierta cercanía que no lo hace el apellido; así, evidencio que no hablo de algo que miro desde lejos sino como refería Jorge Mañach en su texto El drama de Cuba, me las estoy arreglando con los <<trapos>> en casa.

Adentrarse en temas como éste puede ser considerado tanto una audacia como una imprudencia, tiene que ver más con una nueva dimensión de la conciencia que con un replanteamiento intelectual. Fidel es una época, una manera y una frontera del entendimiento cubano; si la sociología hubiese cuantificado, o al menos establecido por consenso, cuándo un experimento político puede ser considerado en términos de tradición, entonces habría que reconsiderar el tratamiento en términos de anomia de fenómenos que se van naturalizando por su práctica continuada. Resulta que para la conciencia cubana el autoritarismo que supone un ordenamiento social ejecutivista se ha cotidianizado peligrosamente.

El <<después>> es también un término arduo. Por una parte no quiero que se interprete como el tiempo que sucederá a una muerte, siempre lamentable por la estela de dolor que deja entre los amigos y familiares cercanos; que más allá de los lutos oficiales momentáneos, son quienes verdaderamente sufren una muerte. Pero tampoco soy ciego a las suspicacias que implica un <<después>> asumido como distanciamiento del poder aún en vida de quien lo ostenta. Asunto totalmente ajeno a esta escritura. La posibilidad de que exista una fórmula política basada en un retraimiento del poder es poco realista; Fidel manda en Cuba, si algo ha demostrado en estos años es precisamente gobernar a los cubanos, los de dentro y los de fuera, haciendo para ello los más insólitos malabarismos. Fidel ha corregido a Bismarck: ha llevado al marco de la eficacia política incluso el arte de lo imposible (reflexionemos un instante: ¿muchas de las posiciones políticas de la revolución cubana no se basan paradójicamente en acuerdos con los norteamericanos?). Personalmente opina, reconozcamos que no muy equivocadamente, que a los que se retiran nadie les hace caso; una institución política como la <<expresidencia>> en Colombia o los EE.UU., o el <<maximato>> en México es de momento impensable en Cuba donde, a pesar de todo, el estado está por constituir. Por otra parte hay que agregar que las posibilidades anteriores carecerían de interés para

una personalidad de la fuerza de Fidel. No caben dudas de que la duración biológica es una variable esencial a la hora de considerar las perspectivas del actual ordenamiento político cubano.

En fin de cuentas, lo que quiero señalar es el hecho de que los cubanos hemos pensado muy poco en el momento histórico en que este país no se pueda dirigir más como lo hace Fidel; porque él es, además de un ser humano concreto, una manera de mandar y hasta un estilo de ejercer el poder: en un ministerio, en una universidad, en un restaurante y hasta en un hogar. Él es la cifra de un comportamiento que a la altura de casi cuarenta años tiene pretensiones de tradición.

II. La revolución de 1959 satisfizo el ánimo antibatistiano de gran parte del pueblo cubano y permitió la emergencia de un líder, la situación liminal en que vivía el país contribuyó a que su protagonismo histórico alcanzara cumbres hasta entonces desconocidas en Cuba. Ninguna de las nuevas lecturas de nuestra historia desmienten el hecho de que el carisma de Fidel prendió en amplios sectores de la población cubana, incluyendo a intelectuales liberales y a duros críticos hoy exiliados. En la revista Bohemia, por ejemplo, en fecha tan temprana como abril de 1959, pueden encontrarse sendos artículos que apelan enfáticamente a las dotes políticas individuales del máximo líder de la revolución cubana; se titulan <<Fidel, no nos falles>> y <<Los chipojos>>, ambos están firmados por una de las voces anticastristas más radicales del exilio miamense.

Si bien se han recompuesto hechos a favor del protagonismo de Fidel en detrimento de algunos de sus compañeros, fieles suyos, por demás, ninguna historiografía puede desmentir el hecho de que Fidel encabezó aquella revolución triunfante legitimada negativamente en un movimiento anti-dictatorial. A diferencia de Franco, que tiene detrás una querrela contra una república, Fidel se yergue contra un tirano. Si alguna analogía soporta el caudillo español en este punto es precisamente con Batista y no con Fidel.

Después de casi cuarenta años ese carisma sigue, a pesar de los consabidos elementos rutinizantes, funcionando. La dominación de legitimación carismática se da, como señala Weber, en statu nascendi; corresponde pues a los fundadores, a los líderes que ponen una simiente sobre la que se enraíza un sistema de valores y creencias. Es el caso de Fidel. La revolución cubana es de alguna

manera su revolución, lleva su signo: es su reflejo. Ha acabado por serlo.

El halo político de Fidel es de magnitud tal que a veces parece que se ha apoyado más a un hombre que se canaliza a través de un proceso que a un proceso que se representa en un hombre. Su figura no sólo sobresale entre sus antepasados políticos (cuyo personalismo continúa y desborda), sino que prácticamente anula a todos los que hoy le rodean en la cúpula dirigente cubana.

No quiero afirmar que habría una crisis de sucesión, sino sencillamente que no habría posibilidades efectivas de una sucesión carismática; que no habría lugar para que alguien tratara de reencarnar el mesianismo político. Aunque apenas se menciona hoy, hace unos años habló de la posibilidad de una dirección colegiada; es sin duda algo a tener en cuenta por el debilitamiento de la figuración política que ésta supone.

Fidel ha agotado el modelo de gobierno ejecutivista en la historia de Cuba; reeditarlo después de él, y aún más aceptarlo, es haber tirado por la borda cuatro décadas de existencia histórica. Sería una irresponsabilidad con quienes hemos tenido que vivirlo. Creo que desde el punto de vista de la historia política cubana éste es el gran mérito de Fidel: no ha dejado ya más espacio que para EL ESTADO NACIONAL DE DERECHO.

Si se revisa la membresía del aparato político cubano se comprobará la ausencia de hombres capaces de heredar su estilo de mando; su autoridad indiscutida entre militares, intelectuales, obreros y funcionarios; tampoco de alcanzar sus resonancias internacionales. En cuanto a la manera de dialogar en los eventos de masas, su arte oratoria ha anulado la diversidad de esta tradición tribunicia cubana que gustara destacar Manuel Sanguily. Desde el simple responsable de aula al secretario provincial del partido, desde un deportista a un gerente hotelero, los oradores no hacen sino imitar su estilo que incluye gestos y vocabulario. (Recientemente, a raíz de un trágico suceso, un inversionista italiano realizó una comparecencia televisiva donde calcaba las palabras, los énfasis y hasta los ademanes de Fidel.)

Pero no sólo la oratoria de los políticos de segundo orden, hasta el propio pensamiento social se aferra a sus palabras, llegando a convertir en paradigmas conceptuales giros que en sus

discursos apenas tratan, siguiendo a Quintiliano, de lograr un efecto simpático a través de la relajación jocosa. Así, lo más contundente que la sociología cubana ha dicho públicamente (no me refiero a la <<opinión privada>> sino a lo escrito y publicado) como balance de lo acontecido en Europa del Este es que se trató de un <<desmerengamiento>>. Ni más ni menos.

A esta altura sabemos muy poco del resto de los dirigentes del país; de sus gustos, sus lecturas, sus entretenimientos. Dicen ellos que siguen al pie de la letra los principios de la revolución; eso está muy bien, pero resulta que los principios no todo el mundo los trabaja y los porta de la misma manera. Es evidente que el pensamiento político revolucionario de los más jóvenes no puede ser el mismo; ni se educaron con sus libros, ni tuvieron sus maestros. Este silencio hace casi imposible la emergencia de un nuevo carisma pues a éste, igual que a todo lo demás, hay que cultivarlo; por esta razón celebro personalmente tanta discreción.

III. Esta situación tampoco es privativa de Cuba. En este fin de milenio estamos asistiendo a la revelación cardinal de la historia humana (Apocalipsis es revelación): el fin de las <<ingenuidades>> totalizantes que durante siglos desviaron al hombre de su propio ser esencial. Al fin comprobamos que el hombre está solo: ésa es la premisa de la más perdurable utopía.

Y no es que las utopías políticas estén cuestionadas políticamente en su dimensión ilusiva, tan necesaria al hombre; resulta que todas han pasado por el poder y no han hecho más que encontrar justificaciones para dejar las cosas tal y como estaban. Si el socialismo o el liberalismo, si el sionismo o el maofismo, no hubieran ostentado el poder aún les quedaría el pretexto de lo potencial. Pero ya la historia conoce adónde llegaron.

Al irse desacreditando las grandes metas de la historia, los gobernantes no deberían tener otra <<misión>> que la de propiciar una felicidad centrípeta, la utopía de la soledad. No han de ir más allá del establecimiento de garantías para que el hombre viva feliz consigo mismo y con su familia. Esta redención vestal no debe evaluarse como complacencia; téngase en cuenta que en una conciencia crítica educada en la ubicuidad de la retórica de una izquierda en el poder, los exorcismos suelen producirse en el ámbito de la derecha radical. Se comprende entonces que en estas nuevas condiciones un político no tenga

muchas posibilidades legítimas de encantar o fanatizar a sus seguidores. Churchill, por ejemplo, debía guiar a una nación en una guerra donde se jugaba el destino de una civilización, mientras el actual primer ministro debe vérselas con el tragicómico asunto de las vacas locas. El primero debía solicitar para tan alta empresa el consejo de un Toynbee, el segundo de un equipo de ejecutivos. Por su parte De Gaulle, como confesó a Malraux, fue una suerte de resistente opuesto a lo poderosos; gran destino comparado al de un Chirac que tiene que decidir cómo resolver el problema de la seguridad social. De similar manera Franco y hasta Suárez encararon duras pero energizantes batallas políticas, en tanto los gobernantes españoles posteriores tuvieron que enfrentar el problema del excedente de sandías o vino para encontrar un lugar en la Comunidad Europea.

Esta situación internacional se cruza en Cuba con la visible falta de demanda de nuevos líderes carismáticos, lo que evidencia una vez más que no es sólo cubana la cuestión cubana. Y no es que el liderato político haya fracasado en Cuba, sino que se agotó. Algún pretendido sucesor histórico carismático significaría una repetición que, como gustaban decir Hegel y Marx, primero resultaría trágico y después cómico.

El futuro político cubano no podrá ser un <<anti>> sino sencillamente un <<post>>; el estudioso cubano Iván de la Nuez ha señalado que Miami se configura definitivamente como una ciudad postcomunista, eso, después de haber sido rotundamente anticomunista. Algo similar ocurre en la isla con Varadero, Cayo Largo y otras zonas de exclusividad para el turismo occidental, evolucionan de civitas sacrificiales a postguevaristas.

Quizás otros pueblos de la región deban agotar demandas de líderes nacionales intensos, nosotros debemos declarar cubierto ese camino. En medio de esa faena histórica cubierta no sin sacrificio resuenan como para nosotros estas palabras que Goethe dijo a su querido Eckermann: <<...con que se enseñase (...), según el método de los ingleses, menos filosofía y más energía activa, menos teoría y más práctica, ya estaríamos casi redimidos, sin que fuese necesaria la aparición de un personaje sublime, de un segundo Jesucristo, para salvarnos>>.

Los colaboradores de este boletín deben seguir las siguientes normas:

1. Los autores son responsables de las opiniones aquí vertidas.
2. No se devolverán los artículos enviados sin previa coordinación.
3. Agradecemos el señalar la fuente en caso de utilizar cualquier tipo de segmento de esta publicación.
4. La extensión de los artículos deben oscilar entre 3 y 10 cuartillas.
5. Los artículos deben entregarse a 2 espacios en cuartillas de 8 y 1/2 x 11.